

Del Martí rebelde al antiyanqui

El Nuevo Herald 21 Mayo 1995, 22



CARLOS ALBERTO MONTANER
Escritor cubano.

Los hechos se conocen con bastante exactitud. Hace cien años el escritor y líder político José Martí, a los pocos días de haber desembarcado en Cuba, muere en una escaramuza menor combatiendo a las tropas españolas. De aquella trágica jornada sólo hay dos datos equívocos. Nunca se sabrá si el Apóstol —como le llaman los cubanos— llegó a descargar su revólver, ni por qué el Coronel Ximénez de Sandoval, jefe de la columna enemiga, siempre tan puntilloso en los detalles, creyó ver

pupilas azules en el rostro del importante cadáver que le regalaba el destino para gloria de su hoja de servicio e infortunio de los cubanos. Martí tenía los ojos oscuros del color del café.

A partir de ese momento —19 de mayo de 1895— a Martí le ocurrió lo que él suponía que les sucedería a sus versos, no a su persona: comenzó a crecer bajo la hierba. Su fama y su prestigio se fueron estirando poco a poco, lentamente al principio, en los primeros años de la República, agigantándose luego con cada tropiezo que daba el país, con cada error cometido, con cada desmán, con cada ultraje, hasta dejar de ser una referencia histórica de carne y hueso y convertirse en un arquetipo, en una referencia moral, o en lo que los sociólogos llamarían un *role model*. Eso es Martí para los cubanos desde los años 20 de este siglo. En eso devino: en el *role model* de un pueblo confundido por su miserable destino de atropellos, fusta y destierro.

Naturalmente, la obligada pregunta es ésta: *role model* de qué? Pues Martí, entre otras cosas, fue poeta, periodista, político, orador, dramaturgo e incansable conspirador. Y la respuesta no deja de ser sorprendente: *role model* de nada de eso. Lo que Martí trasmite a los cubanos es un modelo ideal de conducta rebelde frente a la opresión y de intransigencia ante la deshonestidad pública. De ahí que todos los revolucionarios que han existido en Cuba a lo largo del siglo XX, todos los que han pretendido enderezar a tiros los múltiples tras-

tornos de la República, Fidel Castro incluido; en la etapa insurreccional se hayan colocado bajo la advocación del Apóstol. Ese es el corazón del mensaje martiano que queda grabado en la memoria colectiva de la nación: "Los derechos se arrancan, no se mendigan", y para ello hay que estar siempre dispuestos a ofrendar la vida, dado que, al fin y al cabo, "la patria es ara y no pedestal".

Obviamente, ese Martí rebelde y dispuesto al sacrificio que tan útil les fue, primero a los revolucionarios de los años 30 y luego, en los 50, a Fidel Castro, tenía que silenciarse cuando la revolución se convertía en poder y los sueños libertarios se volvían *realpolitik*, opresión y abusos contra el pueblo. De ahí que Castro, gran manipulador de símbolos, haya intentado enterrar al Martí rebelde y justiciero, azote de tiranos, para sustituirlo por otro *role model* totalmente adaptado a su conveniencia ideológica: el Martí antinorteamericano y antiimperialista.

Espada y escudo

Es cierto —qué duda cabe— que Martí sospechaba de las intenciones políticas del gobierno norteamericano; tampoco es falso que temiera un rebrote del anexionismo capaz de succionar a Cuba con la inmensa fuerza centripeta de Estados Unidos; e —incluso— ignoraría la historia quien no entendiese que Martí, *in pectore*, se percibía a sí mismo como una espada contra los españoles y un escudo frente a los yanquis. Pero todo eso, con ser cierto, es anecdótico y escasamente importante; pues el Martí que trasciende y subyuga a los cubanos no es el de la honda de David frente a Washington, sino el joven escritor que organiza la guerra de independencia contra España, galvaniza a dos generaciones de combatientes y muere gallardamente en el empeño.

¿En qué consistió, en realidad, el tan cacareado antiimperialismo de Martí que Castro intenta magnificar? En algún comentario menor, deslizado en un par de crónicas a *La Nación* de Buenos Aires, comentario que el director, Bartolomé

Mitre, por cierto, elimina del texto, porque la Argentina formada por Alberdi y por Sarmiento es raigalmente pronorteamericana. ¿En qué más? En sus temores bastante infundados al insulso presidente Harrison, más abogado leguleyo que general imperialista. En su carta a Mercado en la que consigna su secreto designio de impedir, con la libertad de Cuba, que Estados Unidos caiga "con su fuerza más" sobre Hispanoamérica, prevención excesiva, tanto por lo que tiene de irreal el análisis del fenómeno que cree se avecina, como por la valoración de sus propias fuerzas para impedir que suceda.

En todo caso, es coherente el rábano por las hojas aunar a ese poco significativo Martí antiimperialista, que no vio su amigo Horatio Rubens, ni su discípulo Gonzalo de Quesada, que no descubrieron Máximo Gómez ni Antonio Maceo, los otros jefes de la guerra, que pasó inadvertido ante sus contemporáneos más íntimos, y cuya expresión no abarca más de 500 palabras en una obra escrita que se acerca al millón y medio. Martí, es cierto, recelaba de Estados Unidos, y me imagino que esos resquemores, justamente, se multiplicaron tras el apresamiento en el puerto de Fernandina, en la Florida, por parte de la marina norteamericana, de los tres vapores cargados de armas con los que se pensaba iniciar la insurrección en Cuba en 1895, pero esa hostilidad —insisto— era un aspecto lateral de la cosmovisión martiana, mucho menor y razonada que la del argentino Ugarte o, incluso, que la del colombiano Vargas Vila, y no incidía en el pensamiento ni en la acción básicos de Martí, ni determinó su proyección posterior entre los cubanos.

No obstante, ha sido de tal calibre e insistencia la manipulación de Martí por parte de Castro, que por primera vez en la historia de Cuba hay una generación muy joven que parece haber renunciado a la adopción del Apóstol como modelo moral, entre otras razones porque ya no lo identifican como el arquetipo del mártir rebelde, sino como el ideólogo antiamericano de una revolución que se estrelló en el fracaso. Rizando el rizo, Castro ha logrado lo que parecía imposible que ocurriera: indisponer a una parte de la población cubana con la figura más importante de su historia. Ignoro si ese lamentable daño es reversible. No creo que a estas alturas nadie pueda saberlo.

FIRMAS PRESS

